

MAXIMINO DE BARRIO

EL
MUSEO DE LA PLATA
SUS TRES ÉPOCAS



BUENOS AIRES
IMPRESA Y CASA EDITORA « COMI »
684, PERÚ, 684

1923

EL MUSEO DE LA PLATA

SUS TRES ÉPOCAS

I

En una tarde del mes de agosto del año 1866, un caballero ventajosamente conocido en los centros de negocios de Buenos Aires como director de dos compañías de seguros, y más conocido aún en los círculos patrióticos, por haber formado parte de la legión de voluntarios que tan gloriosamente se batiera en la guerra del Paraguay, dirigíase, acompañado de tres niños, el mayor de los cuales apenas llegaba a los 14 años, hacia el entonces lejano bosque de Palermo.

Cruzando zanjas y barrancas llegaron a un bañado cercano al río donde en tiempo de Rosas se había depositado gran cantidad de rodados, pedregullo y arena, para rellenar el bajo.

Entre aquel montón de cascajo no tardaron los niños en descubrir gran cantidad de brillantes piedrecitas, ópalos, ágatas, cornalinas, que en su feliz ignorancia tomaban por «ojos petrificados» y de los que hicieron una abundante cosecha hasta llenarse por completo los bolsillos.

Terminado el paseo, caminaban alegremente los niños con su tesoro. Tal vez los dos pequeños no pensarían en sacar de él otro provecho que el que la niñez sabe sacar de aquellas cosas cuyo valor desconoce, pero que por su brillo o por sus colores le seducen: jugar con ellos; pero el mayorcito, cuyos pensamientos eran más elevados y que desde su más tierna infancia había mostrado una vocación decidida a un determinado género de lecturas, creyó que el tesoro que llevaban en los bolsillos podía ser empleado de manera más digna y provechosa, y con toda la seriedad que podía caber en sus 14 años, propuso a sus hermanitos la gran idea: «Fundemos un museo».

Aplaudieron los niños este proyecto que para ellos tal vez fuera sinónimo de «jugnemos a los museos», pero el padre, puesto que padre de

ellos era el caballero que los acompañaba, que ya había adivinado como la vocación del hijo mayor se definía claramente, unió sus aplausos a los de los pequeños y prometió ayudarles en su magna empresa.

Pero, apenas dado el primer paso, surgía la primera dificultad : ¿ dónde instalar el museo? — En el mirador de casa, — contestóles el padre.

Siglos parecieron a los niños los minutos que tardaron en llegar a su casa. Sin tomar ni el más pequeño descanso, subieron rápidamente las escaleras hasta llegar al mirador — altillo con cristales, que más bien hubiera podido llamarse invernadero, — donde vaciaron sus bolsillos extendiendo por el suelo la brillante colección de piedrecitas que habían reunido.

Y así fué como en un día de agosto del año 1866 un niño de 14 años llamado Francisco Josué Pascasio Moreno, acompañado de sus hermanitos Josué y Eduardo y con la aprobación de su padre don Francisco, puso, sin sospecharlo siquiera, la piedra fundamental del más grande de los museos sudamericanos, del universalmente conocido Museo de La Plata.

Hoy aquellas humildes piedrecitas, elevadas a la categoría de reliquias, se conservan, con religioso respeto, encerradas en una vitrina en la llamada Sala Moreno, sala que el Museo de La Plata ha dedicado a conservar en ella todos los recuerdos y todos los objetos que ha podido reunir pertenecientes a su fundador.

Así nació el Museo, cuya primera sección de mineralogía adquiría, cada domingo, con los paseos a Palermo, sorprendente desarrollo. Primeramente, los fundadores se habían valido de cajas de cigarros para colocar las colecciones ; pero pronto hubo que sustituírlas por otras de cartón que habían contenido camisas, colgadas frente a las cuatro ventanas del alto mirador.

Las donaciones vinieron a enriquecer pronto el incipiente museo. La señora Florencia Thompson de Lezica les regaló lindos caracoles de la costa de África y la señora María Sánchez de Mandeville añadió una estrella de mar que la tenía de uno de los oficiales franceses que condujeron los restos de Napoleón desde Santa Elena a Francia. Con estos obsequios quedaba inaugurada la sección zoológica.

A los 15 años, el padre llevó a los hermanos a trabajar en el escritorio. Dirigía el señor Moreno dos compañías de seguros, que tenían agentes en toda la república. Los pequeños naturalistas aprovecharon esta circunstancia y puestos de acuerdo con estos empleados de las compañías, pronto empezaron a recibir arcos, flechas y aros de caña de los indios payaguaes, fragmentos de alfarería indígena antigua de Coronda (Santa Fe), un trozo de palo santo ; dos loros embalsamados, del Paraguay ; algunos insectos del Brasil ; un trozo de antimonio comprado en una botica ; varias placas de la caparazón y fragmentos de huesos de glypto-

donte, pequeños restos de ballenas y maderas petrificadas y, sobre todo, dos objetos que ocupaban lugar preferente en el museo, un ídolo de una pagoda china y una « pata de tigre petrificada » que después resultó un trozo de arenisca con el molde de tres valvas de moluscos terciarios.

En el pequeño museo tenían ya representación todos los reinos de la naturaleza y todas las secciones de la historia natural. Nuevos descubrimientos animaron a los tres naturalistas a visitar al doctor Burmeister, que entonces era director del museo nacional de historia natural. Este ilustre sabio, no sólo recibió benévolamente a los tres coleccionistas, sino que, a pesar de las dificultades que presentaba el acceso al mirador, visitó el Museo Moreno, y « continuaron sus visitas, añade el fundador, de las que nunca salió con las manos vacías ».

A partir de esta época, las relaciones entre Burmeister y Panchito Moreno fueron estrechándose cada vez más; sometía a la consideración del sabio sus colecciones que este clasificaba pacientemente, y el estudioso joven apresurábase a anotar en su catálogo cuantas observaciones le hacía el ilustre maestro.

Y el museo siguió creciendo. Las cajas de camisas habían sido substituidas por una sencilla estantería de cajones vacíos forrados en coleta rosada, hasta que en 1870, por haber mudado de casa la familia, levantó Moreno su tosca estantería y trasladó el museo a la Quinta, donde pudo disponer de una pieza más extensa que el mirador, e instaló allí los mismos estantes de coleta que había utilizado en el museo antiguo.

En aquel mismo año comenzó a publicar *La Tribuna* las cartas del coronel Lucio V. Mansilla, relatando sus excursiones a los indios Ranqueles, y su lectura acabó de convencer al joven Moreno, de que para ser un buen coleccionista necesitaba ser también explorador. Y como en él idea concebida era inmediatamente llevada a la práctica, no tardó en comenzar sus expediciones que tanta fama habían de darle más tarde, y que tantos y tan graves peligros le tenían reservados.

Su primer viaje lo realizó en 1871, a los alrededores de la laguna de Vitel, propiedad de la familia, de donde trajo una copiosa colección de fósiles. De vuelta de la expedición, y para colocar todo el material que había traído, tuvo necesidad de añadir dos piezas más a su floreciente museo. El brillante resultado de esta excursión y los merecidos elogios que le tributaron Burmeister, Eguía y otros, le animaron a continuar sus exploraciones, que regularmente hacía cada mes a la laguna Vitel, trayendo siempre copioso material de fósiles y objetos arqueológicos.

El padre, que alentaba la vocación del joven naturalista, decidió ofrecerle como obsequio, el día de su cumpleaños, un nuevo museo, que fué construido, el edificio, bajo la dirección del arquitecto, señor von Arning, y la estantería según las indicaciones del doctor Burmeister. En noviembre de 1872 quedó terminado el edificio y a los pocos días recibía la

visita del joven naturalista belga, doctor Eduardo van Beneden. Ya en aquella época, Moreno mantenía relaciones con el profesor Dupont, director del Museo de historia natural de Bruselas, y por aquellos días fué puesto en comunicación con el doctor Broca, por van Beneden, quien elogió el propósito de Moreno de dirigir sus investigaciones hacia las regiones poco conocidas del país, añadiéndole que debía de ocuparse de los antiguos habitantes de la Patagonía, de los que poseía en su museo interesantes restos.

Moreno, atento a los consejos de van Beneden y, sobre todo, cediendo a los irresistibles impulsos de su vocación, emprendió su primera expedición al sur, llegando en abril de 1873 a Carmen de Patagones, donde en un mes consiguió reunir 60 cráneos y 1200 sílex tallados, además de otros muchos objetos de la misma época. El resultado de esta expedición fué publicado por Broca en la *Revue d'anthropologie* y de él se ocuparon con interés Quatrefages, Topinard y Virchow, quienes se dirigieron a Moreno animándole a continuar en sus investigaciones y proponiéndole canjes.

La segunda expedición tuvo fines científicos y patrióticos. Moreno la realizó a bordo de la goleta *Rosales* en compañía del doctor Carlos Berg y por encargo del ministro de Relaciones exteriores, doctor don Carlos Tejedor, cuando los chilenos comenzaban a promover la cuestión de límites, y aun cuando la expedición no pudo llevarse a término porque, al llegar a Bahía Blanca les faltaron los recursos con que contaban, no por eso dejó de ser fecunda en resultados; en el orden científico, el Museo Moreno se enriqueció con abundante material reunido en la Bahía y en Río Negro; y en el orden nacional, el viaje de la *Rosales* fué el punto de partida para la reorganización de la marina argentina.

Una nueva expedición a la provincia de Entre Ríos le dió motivo para comparar la formación terciaria de la Patagonia con la del Paraná. La que inmediatamente hizo a la laguna de Vitel, le llevó hasta las inmediaciones de Azul y Olavarría, donde llegaban los malones indios, únicos habitantes de aquella misteriosa llanura, cuya contemplación hizo nacer en el ánimo del explorador el deseo irresistible de penetrar en ella, consumando la hazaña que varios representantes de la civilización habían intentado, sin que ninguno pudiera llevarla a cabo.

A las expediciones de 1873 y 1874 siguió la que en 1875 emprendió con el concurso de la Sociedad Científica Argentina y el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Atravesando la línea militar que defiende la provincia contra los malones indios, llegó a Río Negro, visitó los puelches (Gennaken), los tehuelches y los mapuches (araucanos), y remontando el curso del Limay, llegó al campamento de Sayhueque, en Caleofú. Quiso, desde allí, pasar a Chile, pero hubo de conformarse con llegar solamente al lago Nahuel Huapí, volviendo después a Buenos Aires, a

tiempo para dar aviso de la invasión que preparaban los indios excitados por las arengas de Namuncurá y otros caciques.

En 1876-1877 Moreno exploró el sur de la Patagonia. El resultado de esta expedición está descrito en su *Viaje a la Patagonia austral*.

En 1879 volvió al norte de la Patagonia. En este viaje fué aprisionado por su antiguo amigo y « compadre » el cacique Sayhueque y condenado a muerte. El Museo de La Plata conserva como preciosas reliquias los *bastos* que le sirvieron de calzado, durante la huída; el *poncho* que llevaba arrastrando para borrar la huella de sus pasos en los arenales y la bandera argentina que mientras duró su cautividad mantuvo oculta en el pecho, para librarla de las profanaciones de los indios.

Estas expediciones a la cordillera duraron 24 años, y así pudo Moreno, con el exacto conocimiento que adquirió de aquellos lugares, desde la Puna de Atacama hasta el estrecho de Magallanes, ponerse en condiciones de representar a la Argentina en su conflicto de límites con Chile, y mover el animo del árbitro inglés a pronunciar su fallo favorable a la tesis argentina.

Entre tanto había llegado la hora de que los incesantes desvelos de Moreno tuvieran su recompensa. El museo que él iniciara aquella linda tarde de agosto con la cosecha recogida entre los arenales de Palermo, iba a ser adoptado por los poderes públicos, dándole la consagración que tanto había ambicionado. En mayo de 1877, mientras Moreno exploraba el sur de Patagonia, el ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires, doctor Vicente G. Quesada, presentaba a las honorables cámaras legislativas una memoria en la que, entre otras cosas, decía: « Si el tesoro público lo permitiese, os propondría la creación de un museo de antigüedades americanas para guardar en él las curiosidades arqueológicas y antropológicas que se descubran en nuestros territorios todavía inexplorados, vestigio de un pasado perdido, y cuyas reliquias, clasificadas científicamente, servirían para la solución de complicados problemas. Hago votos para que esta institución pueda crearse, cuya base podría ser el Museo formado por el señor Francisco P. Moreno. Lo que ha hecho el interés individual a favor de la ciencia, podría hacerlo con más amplitud la autoridad. »

Moreno, al tener noticia de estos propósitos del Ejecutivo provincial, se apresura a ofrecer sus colecciones gratuitamente, y el 8 de octubre del mismo año, las cámaras acuerdan aceptar la donación quedando así fundado el Museo antropológico y arqueológico de Buenos Aires. El 13 de noviembre siguiente es nombrado director del Museo el doctor Francisco P. Moreno, quien debía conservar sus colecciones en el edificio de la familia del donante, hasta que pudiera disponerse de un edificio adecuado donde colocarlas.

El 19 de noviembre de 1882 surge del suelo, como una ciudad encan-

tada, la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, por haberse decretado Capital federal la gran metrópoli del sur. Entre las instituciones que debían trasladarse de Buenos Aires a La Plata, se contaba el Museo de historia natural que dirigía Burmeister, pero considerando los graves peligros que correrían durante el traslado las colecciones tan valiosas y con tanto trabajo recogidas, optóse por dejarlo en Buenos Aires, trasladando, en cambio, a La Plata el Museo donado por Moreno. Al regresar éste de su viaje a la región andina, en mayo de 1884, recibió del entonces gobernador de la provincia doctor Carlos D'Amico, el encargo de proyectar un museo que reemplazara al de Buenos Aires que se federalizó el 4 de septiembre del mismo año. Realizado ese acto, el gobierno de la provincia decretó, con fecha 17 del mismo mes, « juzgando que el progreso de la provincia así lo requiere », la fundación del Museo de La Plata y construcción de un edificio adecuado para sus colecciones. Moreno, nombrado director, añade a la donación de sus colecciones la de dos mil libros de su biblioteca particular para enriquecer la del museo. « De este modo, dice el mismo Moreno, entregaba todos los elementos de que disponía, feliz con poder realizar un sueño de niño, cuando en 1866 recogía cascajos rodados en los paseos de Buenos Aires, e iniciaba lo que mi criterio infantil consideraba como un « museo ».

Parecía que Moreno debería descansar tranquilo por haber llegado a la realización de sus deseos, pero pronto las contrariedades vinieron a amargar su triunfo. Su concepción del Museo y de lo que debía ser el edificio que le estaba destinado era tan elevada, que los que no alcanzaron a comprenderla, desatáronse en censuras e improperios a los que Moreno debió resistir dando a conocer su grandeza de alma y el férreo temple de su voluntad. « He sido tratado de megalómano — dice en su *Rápida ojeada...* — porque he pensado dotar a mi provincia natal de un gran museo, dedicando mi vida a conseguirlo. » La oposición fué tan recia que el fundador tuvo que reducir su proyecto de edificio, casi a la mitad, y aun así todavía pareció excesivo. « Desgraciadamente, cuando concebí este establecimiento no pude darle las proporciones que debió tener, habiendo sido considerado como exageradas aun las actuales. » Sin embargo, ahora que hay que amontonar en los depósitos piezas interesantísimas por falta de salones de exhibición, se aplaude la sabia previsión de Moreno y se lamenta que aquella oposición tan inconsciente produjera daños tan irreparables.

« No dudo — dice Moreno — de que llegará bien pronto el día en que la importancia de sus colecciones hará necesaria su modificación ensanchando sus galerías y completando mi plan. »

Bajo la constante vigilancia de Moreno construyóse el edificio del Museo « el primer monumento científico que tiene el país », como lo llamó el doctor Varela Ortiz, y en todas sus dependencias, en todas sus

secciones, en todos sus detalles puede verse la suave armonía de las partes y su feliz concordancia dentro del pensamiento general que inspiró y guió la obra, pensamiento nacido de las experiencias de Flower y Gaudry y mejorado y amplificado por el genio creador de Moreno.

Porque la creación del Museo de La Plata no fué una obra del acaso o de las circunstancias. Moreno había puesto su sello individual en esta obra y todas sus partes obedecen al mismo pensamiento creador. «El discurso de Flower sobre « Los museos de historia natural » encierra todo el plan de nuestro museo, dice Moreno. « Las ideas — añade en otro lugar — del gran paleontólogo Alberto Gaudry, emitidas al abrir al público, en marzo de 1885, las nuevas galerías del Museo de París, han sido en parte las mismas que me indujeron, muchos meses antes, a trazar el bosquejo del plan del Museo de La Plata, cuyos cimientos se empezaron a abrir en octubre de 1884, pero ampliándolos, porque este establecimiento sería general y no paleontológico solamente. Lo que era posible en Londres o en París no lo era en La Plata, ciudad que, hallándose en los primeros días de su infancia, asistía embelesada al nacimiento de una institución que aún hoy mismo es considerada, en su género, la primera de Sud América.

La forma circular dada al edificio permite, por la disposición de sus salas, estudiar, con toda facilidad, el pasado y el presente biológico y el medio en que se han desarrollado; en sus galerías, que guardan sin solución de continuidad desde el organismo más simple y primitivo hasta el libro que lo describe, comienza el anillo biológico con las primeras manifestaciones de la vida orgánica que las más remotas edades nos dejaron impresas en rocas y minerales, para terminar con el hombre, síntesis suprema y último grado de la vida en todas sus manifestaciones. Es « el aro prolongado que representa el anillo biológico que principia en el misterio y termina con el hombre ».

A este plan ordenado de exhibición correspondía el de investigaciones y estudios que el personal del Museo, y cuantos por él se interesaran, debían desarrollar. « Estudio bajo el punto de vista geológico y geográfico de la parte de la corteza terrestre que hoy forma el continente sudamericano. Aparición y desarrollo de la vida sobre esta parte del planeta a través de las edades geológicas y de las vicisitudes del suelo. Causas de la desaparición y modificación de las floras y faunas. Relaciones de estas floras y faunas con las de otras regiones continentales o insulares. Aparición del hombre en este suelo. Su historia primitiva. Sociedades que nacen y mueren en él; que inmigran y emigran. Modificación del hombre y del suelo por la influencia de la mezcla de razas y el progreso de los conocimientos. Constitución de las naciones libres. Sus elementos de desarrollo y su puesto en la colectividad humana. »

He aquí el programa, dividido en capítulos, que Moreno se propuso

desarrollar. Su ideal era formar en Sud América una institución análoga a la *Smithsonian Institution*, de Norte América, y si no llegó a conseguirlo, entre otras razones, porque jamás pudo disponer de recursos tan poderosos como la fundación norteamericana, las sabias publicaciones hechas por Moreno y por sus colaboradores en los *Anales* y en la *Revista del Museo*, pueden dar fe de que llegó donde pudo y aún mucho más allá de donde hubiera llegado otro cualquiera en iguales condiciones.

Asombra pensar la enorme suma de energías que aquel hombre extraordinario tuvo que derrochar hasta ver consolidada su obra. Sin personal competente que le ayudara, al principio, Moreno atendía personalmente a todas las secciones, vigilando la colocación de las piezas y llegando, en ocasiones, hasta limpiar él mismo los pisos, sin descuidar la organización de los elementos recogidos aprisa y teniendo que luchar a la vez para obtener los recursos indispensables que permitieran la adquisición de nuevos materiales de estudio. « Las dificultades de organización y sobre todo de la reunión de los materiales son enormes — dice en su *Rápida ojeada sobre la fundación y desarrollo del Museo de La Plata*, — puesto que no se trata de colecciones acumuladas durante largos años, ni incorporadas, con raras excepciones, en grandes masas por donaciones o compras, sino de unas que con base relativamente pequeña « donada, » como ha sucedido en todos los grandes museos del mundo, ha sido necesario aumentar diariamente, buscándolas en regiones distantes y difíciles, sin disponer de elemento oficial suficiente, preparándolas y restaurándolas con reducidísimo personal y éste en las condiciones que dice Flower, « mal rentado », mientras que el director, que aquí reemplaza al conservador, ha limpiado en más de una ocasión los pisos, buscando al mismo tiempo los medios de llevar adelante su empresa próxima a naufragar. »

Pues bien, en estas desfavorables condiciones, con personal insuficiente y mal remunerado, Moreno termina su museo, funda sus incomparables series de publicaciones, *Anales* y *Revista*, instalando en los sótanos del edificio un taller de donde salen estas espléndidas impresiones, y con su actividad prodigiosa y su entusiasmo inquebrantable infunde su mismo espíritu a cuantos lo rodean y los arrastra a continuar la hazaña más grande que en el campo de la ciencia se había emprendido en Sud América. « Y cuando a altas horas de la noche, dice uno de sus colaboradores, F. Lahille, las luces de todos los laboratorios de preparación, animados de una actividad febril, iluminaban el espacio, parecían trazar en letras de fuego el programa mismo de su fundador. »

Pero este programa abarca, como campo de acción, el territorio entero de la República, y así vemos desparramarse por todas partes, en busca de materiales para el Museo, aquella brillante pléyade de especialistas que Moreno reunió en el Museo. Los antropólogos ten Kate y

Lehmann-Nitsche, los paleontólogos Roth y Mercerat, los geólogos Hauthal, Burckardt y Schiller, el lingüista Lafone Quevedo, el arqueólogo Torres, los zoólogos Bruch y Lahille, el botánico Alboff, los geógrafos Lange y Delachaux... Hoy son los menos los que quedan, como testimonio viviente de aquella época de entusiasmos, de febril actividad. Sucediáanse sin interrupción las expediciones a todas las provincias argentinas, y principalmente a la cordillera, y de todas ellas volvían con un material que colmaba las colecciones del Museo y con una serie de observaciones y estudios que eran después la admiración del mundo sabio.

En 1896 las relaciones entre la Argentina y Chile se hacen tirantes por la cuestión de límites. Moreno siempre en actividad, marcha acompañado de todo el personal disponible del Museo para estudiar la cordillera entre los 34° 30' y 46° 30' de latitud sur, empresa que llevó a feliz término sin que le arredraran ni los fríos invernales ni las dificultades mismas del terreno que tenía que explorar. El relevamiento de la Patagonía continuaba haciéndose bajo su dirección por el personal del Museo y síntesis de estos estudios es su brillante obra *Argentine-Chilian boundary ; Argentina evidence*, que presentada, en 1900, al rey de Inglaterra, nombrado juez árbitro, decidió el pleito a favor de la Argentina. Esta obra de Moreno que conquistó para la patria más de 11.000 kilómetros cuadrados de fértiles valles y extensos bosques, y que logró evitar la desastrosa guerra que se avecinaba, tiene además el mérito imponderable de haber formado la base de nuestros conocimientos geográficos sobre la Patagonia.

El viaje de Moreno a Londres, como representante argentino, y su prolongada ausencia en el viejo mundo, mientras se dirimía el pleito con Chile, influyeron de manera lastimosa en la marcha del Museo. Los enemigos, que siempre tuvo esta institución, arreciaron en su campaña de tal manera, que hasta llegó a creerse que el Museo sería clausurado y vendidas sus colecciones.

No sería justo olvidar en esta ocasión, el nombre de Rafael Cattani que, sin ser un hombre de ciencia, fué uno de los que más trabajaron por el progreso y conservación del Museo, aun en aquella época en que todo parecía conspirar contra su existencia. Nombrado secretario del Museo, él fué el hombre de administración que Moreno podía desear; su laboriosidad infatigable y su honradez sin tacha le hicieron digno de la confianza de Moreno, que le encargó de la dirección siempre que debía ausentarse de La Plata o del país. Cattani no defraudó las esperanzas de Moreno, ni aun en la época en que el mismo fundador llegó a creer que su obra no podría salvarse; él supo mantener el canje con las revistas extranjeras, sin excepción, cuando no podía hacer publicaciones. Con presupuestos irrisorios, Cattani mantuvo la vida vacilante de la institu-

ción a fuerza de economías y con una administración escrupulosa y honesta, que fué siempre su preocupación característica.

Tanto celo y tanta actividad no hubieran podido evitar el desastre que amenazaba a la obra de Moreno sin la visita providencial que al Museo hicieron los prelados chilenos y entre ellos el obispo Jara, que accidentalmente se hallaban en la Argentina de paso para su país. La contemplación de tantas y tan valiosas colecciones inspiró a los visitantes tan entusiastas y sinceras frases de elogio, que el ministro doctor Saldías, que los acompañaba, se sintió completamente ganado para la causa del Museo, al que desde entonces jamás le faltó el apoyo oficial.

Pero estábale reservado a Moreno el más grave de los desengaños, cuando tantos méritos había adquirido a la consideración y al respeto de todos. En 1905, un desacuerdo con los fundadores de la Universidad le privó de la dirección del Museo. El convenio entre el gobierno de la Nación y el de la Provincia convirtió en Universidad nacional los distintos institutos y escuelas de enseñanza superior que la Provincia sostenía, a los que se unió el Museo, convertido en Facultad de ciencias naturales, con el agregado de la Escuela de química y farmacia. « Lo que había sido un templo dedicado a las más altas investigaciones de la ciencia — dice Lahille, — se iba a transformar, en realidad, en un centro de estudios casi elementales. » Moreno consideró que esta transformación de su obra sería inconveniente, y se retiró llevando la muerte en el alma. El Poder ejecutivo nacional nombró director del museo al que durante muchos años había sido compañero de tareas del fundador, al lingüista y arqueólogo, don Samuel A. Lafone Quevedo.

Al hacerse cargo el gobierno nacional del Museo fundado por Moreno, tenía éste, según el inventario de 1902, las siguientes colecciones:

	Piezas
Paleontología.....	63.963
Geología.....	40.360
Mineralogía.....	22.025
Antropología y etnografía.....	20.714
Zoología.....	49.632
Botánica.....	4.500

Esto sin contar las colecciones entomológicas, las preparaciones en alcohol, las piezas destinadas para el canje y las que el museo hubiera conseguido durante los años 1903-1905.

El inventario hecho en noviembre de 1906, dió al Museo un valor de cinco millones de pesos.

He aquí a lo que habían llegado las humildes piedrecitas recogidas en Palermo 40 años antes por un niño soñador que, al enfrentarse con la vida, supo no torcer su camino y convertir en realidad los dorados

sueños de la niñez, mediante el esfuerzo de su voluntad incontrastable y guiado por el ideal sublime del amor a la patria, a la humanidad y a la ciencia.

II

Con la nacionalización de la Universidad el Museo de La Plata entra en una nueva fase de su existencia, con procedimientos completamente distintos a los que le señalara su fundador. Así lo establecía la ley convenio: « El Museo conservará los fines de su primera creación, pero convertirá sus secciones en enseñanzas universitarias de las respectivas materias, y comprenderá, además, la Escuela de química y farmacia que hoy funciona en la Universidad de La Plata. »

Moreno había fundado su museo como centro de investigaciones; la nueva Universidad lo convertía en casa de estudios, equiparándolo a cualquiera de las otras facultades que la integran.

Quiso la nueva Universidad ser un plantel de estudiosos que, por lo menos en las profesiones liberales, independizara al país de la tutela del extranjero que con profusión nos enviaba sus hombres de ciencia, y, en este sentido, la Universidad cumplió con exceso su misión, porque la Facultad se desarrolló de tal manera que llegó a anular al Museo por completo. Los profesores que antes acompañaban a Moreno en sus excursiones, tuvieron luego que dedicar toda su actividad a la cátedra, única manera de poder continuar en sus puestos. El profesor anuló al jefe de sección. Todo profesor estaba obligado a dictar cátedra y esta disposición era tan rigurosa que el mismo director del Museo, doctor Samuel A. Lafone Quevedo, tuvo dificultades para cobrar su sueldo de profesor de lingüística, porque no tenía alumnos, no obstante que en aquellos años la *Revista* publicaba constantemente sus trabajos lingüísticos.

Las investigaciones quedaron casi interrumpidas; las expediciones eran exclusivamente ocasionales, cuando algún bienhechor de la ciencia denunciaba el hallazgo de algún fósil; y aun en estos casos, no siempre se hacía la expedición porque faltaba dinero para ella; y cuenta que, la inmensa mayoría de las veces, la expedición, cuando se realizaba, quedaba reducida al envío de un preparador que extrajese el fósil o los fósiles y los enviase al Museo donde se amontonaban en los depósitos sin que nadie pudiera ocuparse de estudiarlos y clasificarlos porque faltaba tiempo para ello. El jefe de sección tenía que atender preferentemente su cátedra.

Cuantos recordaban los viejos tiempos, asistían con dolor a esta muerte lenta del antes floreciente museo, pero la facultad prosperaba cada vez más.

Al principio respetábase la consignación de algunos fondos que estaban exclusivamente destinados al Museo, pero con el rápido desarrollo de la Facultad, no tardó ésta en invadir todas las partidas del presupuesto y, de seguir así las cosas, no hubiera tardado en absorberlas todas. Las publicaciones del Museo, que antes estaban dedicadas a dar a conocer los resultados de las investigaciones, fueron, en parte, destinadas a otro género de trabajos, altamente meritorios, no cabe duda, y aun necesarios para tratar de divulgar la ciencia poniéndola al alcance de las inteligencias menos preparadas, pero que no respondían directamente al programa que se había trazado a las publicaciones del Museo. Los fondos, que primeramente se destinaban a exploraciones en el campo de las ciencias naturales, hubo que repartirlos en ocasiones con la Facultad para pagar los gastos de los viajes de estudio que emprendían los estudiantes, viajes muy provechosos e instructivos para los alumnos, pero que tenían el inconveniente de demostrar como la Facultad había ido apoderándose del patrimonio del Museo.

Y así pasaron aquellos años inactivos, sin que pudiera señalarse alguna adquisición de verdadera importancia, si se exceptúa el *Diplodocus*, obsequio del multimillonario A. Carnegie, o las colecciones hechas en viajes de exploración, durante el verano, por algún jefe de sección que después generalmente no podía publicar el resultado de sus investigaciones, si bien es cierto que, cuando se publicaban, sus trabajos eran de primer orden; como el del doctor Bruch relatando sus *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, o el del doctor Torres que, como fruto de una serie de exploraciones, publicó su estudio sobre *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná*, y otros no menos interesantes trabajos de Lafone Quevedo, Lehmann-Nitsche, Outes, Roth, Schiller, etc., que pueden verse en diversos volúmenes de la *Revista*. Ni eran aprovechados tampoco para la enseñanza de las ciencias naturales, porque el número de alumnos de estas materias nunca pasó de 10 en todos las especialidades; era la correlación, era la labor docente que no interesaba principalmente al Museo la que absorbía la atención y el tiempo de sus investigadores.

La rápida decadencia del Museo era ya tan visible que de todas partes se alzaban voces en demanda de una pronta resolución que pusiera remedio a la ruina que se avecinaba. El mismo director del instituto que, en su carácter de decano, debía estar completamente satisfecho por el extraordinario desarrollo de la Facultad, como director del Museo no podía menos de lamentar la decadencia de esta institución, que trató de mantener a la altura de su pasado prestigio, aunque con el sentimiento de ver que todos los esfuerzos eran inútiles. Para impedir que se produjese la decadencia, había mantenido una lucha tenaz y constante, en la que le sostenían algunos de sus colaboradores en el Museo, pero, ¿qué

importaba todo ello? La cátedra absorbía por completo al personal técnico y docente; los presupuestos del instituto eran cada año más mezquinos y discutidos; la Provincia, al nacionalizarse el Museo, se había quedado con los talleres oficiales, de donde en otro tiempo salieron aquellas espléndidas publicaciones: *Anales* y *Revista*.

El doctor Lafone Quevedo hizo una tentativa para continuar la publicación de los *Anales*, aunque no pudo pasar del primer tomo, y trató de mantener a la *Revista* a la misma altura que en su primera época. Los catorce volúmenes que componen la segunda serie son la espléndida contribución con que el personal técnico y docente del Museo trataba de continuar las tradiciones de los primeros tiempos; pero estos esfuerzos por generosos que fueran, no podían levantar al Museo de su postración. Así hubo de reconocerlo el mismo director quien, convencido de que Museo y Escuela de química no podían vivir más tiempo juntos, pidió francamente su separación.

Habíase convocado para 1915 una asamblea de profesores con el objeto de estudiar problemas de interés para la Universidad, que los mismos profesores presentarían. El director del Museo había preparado la presentación del siguiente tema: «¿Conviene dar a las distintas facultades una nueva organización más conforme con las necesidades de la enseñanza, con las aspiraciones de los alumnos y con el estado económico de la Universidad?» Y en la exposición de este tema, decía: «Existen en este instituto dos organismos que, si bien se prestan eficaz ayuda, necesitan ser completamente independientes para que no se entorpezca su mutuo desarrollo; tales son el Museo y la Facultad.» «Este instituto, con locales exiguos, repletos de cuantiosas y valiosas colecciones, tiene que renunciar a su expansión y enriquecimiento, si ha de convivir con las dos escuelas de química y farmacia y dibujo, que son de las más florecientes de la Universidad.» «En los años que lleva de vida universitaria este instituto, hemos podido convencernos de la conveniencia de separar el Museo de la Facultad, hasta por las mismas necesidades del servicio.» «En épocas anteriores el Museo podía organizar un plan metódico de exploraciones científicas y desarrollarlo en todas sus partes; hoy esta tarea nos sería muy difícil de cumplir, no sólo por la exigüidad de los recursos de que podemos disponer, sino porque el personal técnico que debiera realizar estas exploraciones, tiene que atender en la Facultad a las exigencias de la enseñanza que les está encomendada.»

Estas observaciones, que quedaron inéditas porque la asamblea de profesores no llegó a reunirse, fueron repetidas diferentes veces por la dirección del Museo, principalmente en las memorias que cada año enviaba a la Universidad.

Pero era muy diferente el pensar de las autoridades superiores universitarias. En 1918 y 1919 el Instituto eleva al Consejo superior varias

ternas para el nombramiento de profesores titulares, tanto de ciencias naturales como de química y farmacia. Al considerar las ternas de arqueología y botánica, el Consejo observa si esas materias están o no en el plan de estudios del Instituto, y las envía a informe de la Comisión didáctica. No tenían en cuenta aquellos señores consejeros que en el Museo existe un departamento de arqueología y otro de botánica, de los que necesariamente habían de ser jefes los profesores que se nombrasen. Si no había alumnos para tales materias, o si éstas no estaban incluidas en los planes de estudio, las secciones se quedarían sin jefes encargados. Con este criterio se juzgaba el Museo dentro de la Universidad.

Fué necesario que la campaña en favor del Museo recrudesciera, para que las altas autoridades de la Universidad se decidieran a hacer algo en su obsequio. Pero, aun así, este algo era tan poco, que no podía ser aceptado ni aún como paliativo. Estas vacilaciones, estas resistencias a intervenir de un modo radical para salvar la situación del Museo, las confiesa el mismo presidente de la Universidad, doctor Rivarola, en el preámbulo del proyecto elevado al honorable Consejo superior para la separación del Museo y la Facultad. «Reiteradas manifestaciones de miembros muy distinguidos del Instituto del Museo me hicieron comprender, a poco de hallarme en el desempeño de mi cargo, que se requería reformar su organización actual... Pareciéndome siempre más prudente la transición más suave, admití, en el primer momento, que con sólo recursos de buena voluntad, que nunca faltó en el personal directivo y científico del Instituto, podían allanarse todas las dificultades. Admití, en seguida, la conveniencia de modificar el reglamento, para lo cual el Consejo académico debiera bastar, y luego comprendí que la reforma debería llegar hasta la separación definitiva de la Escuela de química y farmacia.» Pero, para llegar a este último convencimiento, ¡cuántas gestiones fueron necesarias! Anteproyectos y fundamentos presentados por el actual director del Museo, doctor Luis María Torres; pedido colectivo firmado por el señor director y la casi totalidad de los jefes de sección y profesores del Museo; quejas aisladas, observaciones repetidas, el clamor del público;... y todo era poco. «Se ha reclamado en diversas ocasiones, y por buen número de personas conocedoras de la vida de estos museos, la aludida autonomía», decía el presidente de la Universidad, doctor Rivarola, en su ya citado *Preámbulo*. Hasta el tranquilo hogar del viejo fundador llegaron las voces que pedían una pronta intervención en favor del Museo. Moreno contempla su obra desnaturalizada, sus colecciones arrinconadas y confundidas en informe montón, y olvidando añejos agravios, se decide a intervenir otra vez en su obra, a trabajar en su museo, a volver a la vida activa de sus buenos tiempos de luchador infatigable. Y fué un espectáculo consolador ver al director del Museo abrir de par en par las puertas del Instituto para que por

ellas entrase dignamente su ilustre fundador. « Me es grato — le escribía el doctor Lafone Quevedo, en 8 de octubre de 1919 — acusar recibo de su carta, fecha 30 de septiembre próximo pasado, y muy complacido espero a usted el viernes o sábado próximo. El doctor Luis María Torres, que ya está avisado, acompañará a usted.

« A usted le consta que en toda ocasión he proclamado que no hay otro fundador del Museo que usted; por lo tanto puede creer que con toda sinceridad acepto sus reclamos y estoy dispuesto a atenderlos porque los considero justificados ».

Los viejos compañeros de Moreno que aún trabajaban en el Museo, los jóvenes que no alcanzaron sus tiempos, pero que diariamente han escuchado las historias del Museo antiguo y se han connaturalizado con sus tradiciones, todos, en fin, esperaban con ansia la vuelta de Moreno, y cuando le vieron entrar en aquella casa, que fué suya, ¡ con qué placer le saludaban! ¡ con cuánto amor estrechaban aquella mano que a todos extendía como mensajera amiga que traía gratos recuerdos de tiempos pasados y risueñas esperanzas para el porvenir! ¡ Desgraciadamente, estas esperanzas se vieron pronto desvanecidas!

Pocos días después, el 22 de noviembre del mismo año, se recibía con estupor la noticia del fallecimiento de Moreno. El gran luchador caía cuando estaba alboreando la aurora que había de alumbrar la regeneración del Museo, cuando este instituto, libre de las trabas que entorpecían su progreso y desarrollo, volvería a la senda que desde el principio se le trazara y por la que había caminado hasta llegar a la cumbre donde el mundo sabio estaba acostumbrado a contemplarlo con admiración y respeto.

III

Ese día, que marca el principio de la tercera época del Museo, llegó por fin. El 7 de octubre de 1919 firmó el Poder ejecutivo nacional el decreto separando del Museo la Escuela de química y farmacia. A partir de este hecho decisivo en la historia del Museo, produjéronse otros no menos importantes. El día 18 de julio de 1920 falleció el director, doctor Samuel A. Lafone Quevedo, a la avanzada edad de 85 años, y el Consejo superior de la Universidad, en sesión del 18 de agosto del mismo año, eligió, para substituirle, al doctor Luis María Torres.

El doctor Torres había iniciado sus estudios históricos y arqueológicos en 1897 y frecuentado el Museo a principios del año 1904, cuando esta institución dependía de la provincia de Buenos Aires y era dirigida por el mismo fundador. En abril de 1905 era nombrado jefe de una sección. Cuando la Universidad fué nacionalizada, el doctor Torres conti-

nuó en el Museo como profesor adjunto y más tarde como jefe de la entonces sección de etnografía.

Sus primeras publicaciones llevan la fecha del año 1900, después de haber realizado sus observaciones en numerosas exploraciones por el Delta del Paraná, sur de las provincias de Entre Ríos y Santa Fe, para continuarla, después, por otros puntos del territorio argentino, y particularmente por el litoral marítimo de la provincia de Buenos Aires. Aparte el calificativo que merezcan sus condiciones, puede afirmarse que la del doctor Torres ha sido y es una vida consagrada a los estudios arqueológicos y antropológicos.

Esperábase, con la natural reserva, que el nuevo director esbozase su programa al frente de la institución que se le había confiado. No tardó el doctor Torres en darlo a conocer y fué muy agradable la sorpresa que produjo su declaración de que la obra que pensaba desarrollar no era otra que la que había comenzado el doctor Moreno. « Puedo manifestar — decía en la Memoria del Museo correspondiente al año 1920 — que la máxima parte de los obstáculos han desaparecido con la reconquista de su vida independiente, desligada de verdaderos compromisos paternos, y de los que he tratado de librar al Museo desde que comprendí que se encontraba detenido en su primitivo y sorprendente desenvolvimiento, bajo la dirección de su fundador, el doctor Francisco P. Moreno. Si en esta última transformación hacia su carácter inicial de Museo y centro de investigaciones sobre la naturaleza y el hombre americano recayera algún juicio adverso, de verdadera importancia y evidente imparcialidad, tendría que soportarlo, por haber sido el principal gestor de esa transformación.

« Tengo la convicción que el Museo de La Plata ha de recobrar su alto prestigio científico que otrora conquistara por el saber y la dedicación de todo su personal, y que en esa senda, ya despejada por su fundador, ha de contribuir con eficacia en el progreso de la cultura general del país y en su buen nombre y reputación. »

« ¿ Cómo podríamos afrontar con confianza la ardua tarea que se nos encomendara ? La ratificación del programa inicial de los trabajos científicos del Museo de La Plata requiere, por el mismo respeto de la obra realizada, no sólo la buena intención de proclamarlo y cumplirlo por una parte, sino la necesidad imperiosa de favorecer a los que se dispongan a llevarlo a la práctica y proseguirlo, asegurando el éxito más completo. »

Tal vez esto que pudiera por algunos traducirse como instinto de imitación a Moreno, perjudique al espíritu de iniciativa que el vulgo reclama de cuantos son llamados a dirigir una institución, cualquiera que sea. Es ya viejo achaque, y más que achaque, es dolencia crónica que todo el que es llamado a ocupar un puesto directivo haya de venir

provisto de un abundante bagaje de propósitos y proyectos, en cuya elaboración generalmente se sacrifica lo malo y lo bueno que hayan hecho los antecesores para dar cabida a lo nuevo que traiga el actual. Es decir que no se busca hacer obra buena, sino hacer obra nueva, aunque para ello sea necesario sacrificar todo lo bueno que antes existía.

El doctor Torres ha comenzado por renunciar al afán de novedad, ante el supremo interés de mantener lo bueno que en el Museo existía: el programa de su fundador. Es que, lógicamente, no podía ni debía hacer otra cosa. El doctor Torres recuerda como uno de los días más felices de su vida, aquel en que, invitado por el general Mitre, en su propia casa, pudo vincularse al doctor Moreno, después de haberlo tratado en el Museo, día que marcó el principio de su íntima amistad nunca interrumpida. Con Moreno colaboró, primero como encargado de la Sección arqueológica, cuando aún estaba en los más floridos años de su juventud, y en varias tareas que aquél le encomendara cuando se organizaban los estudios prehistóricos en el país.

Alejado Moreno de su Museo, el doctor Torres continuó cultivando incesantemente su amistad, y de este modo, en conversaciones, en íntimas confidencias, en las provechosas enseñanzas que se desprendían del trato constante con aquel hombre incomparable, pudo el doctor Torres penetrarse tan íntimamente del pensamiento que dió vida al Museo de La Plata que, con razón pudiera decirse que nadie con más derecho que él podría llamarse el heredero espiritual de Moreno, porque nadie está tan habilitado como él para encauzarlo por la senda que tan sabiamente le trazó el fundador.

Los hechos son la prueba más evidente de este aserto. Apenas posesionado de la dirección el doctor Torres, una nueva savia parece invadir todo el organismo de este Instituto. Valiéndose de sus extensas vinculaciones, poniendo de manifiesto la justicia y necesidad de su pedido, consigue que las cámaras legislativas de la Nación le concedan la respetable cantidad de más de 400.000 pesos, para ampliaciones en el edificio, y merced a ellas, empiezan a realizarse las acertadas previsiones de Moreno sobre la necesidad de distribuir sistemáticamente todos los materiales en los salones de estudio y exhibición. En efecto, en el plan ha entrado una serie de reformas, según las cuales, los departamentos de mineralogía y antropología ocupan ahora un espacio doble mayor que el de antes; el departamento de paleontología es aumentado con un nuevo salón; la sección calcos de arqueología americana se ha trasladado a un salón mucho mayor que el que antes ocupaba; la sección etnográfica pasará a la actual biblioteca y ésta se trasladará a un nuevo local convertido para este objeto, en un espléndido salón, con las instalaciones más modernas para los libros y toda clase de comodidades para los lectores.

Y juntamente con estas transformaciones se cambian también los procedimientos, a lo que contribuye la buena voluntad de las personas acomodadas que ahora se interesan y cooperan al progreso del Museo con importantes donaciones. A la actividad en las observaciones en el terreno sucede la actividad en los laboratorios. A las expediciones oportunistas o aprovechando los meses de verano, que no suelen ser apropiados en este país, siguen las exploraciones sistemáticas en todos los meses del año y en todo el territorio de la República. El doctor Lehmann-Nitsche estudia, en Jujuy, algunas tribus indígenas del norte, mientras el doctor Carette explora la cordillera en Mendoza; el ingeniero señor Kantor visita Monte Hermoso para estudiar sus barrancas. Los señores, ayudante P. Gaggero y preparador O. Fernández extraen de varios túmulos en el Delta del mismo río, rica cosecha antropológica; y el jefe de taxidermistas, Alberto Merkle, con el preparador Luis Durione y el alumno Rodolfo Maldonado consiguen, en Comodoro Rivadavia, magníficas muestras de lobos marinos y otras colecciones zoológicas, y, sobre todo, el norte de la Patagonia es explorado en buena parte de su extensión, y en diferentes viajes, por el mismo director del Museo que repetidas veces ha acompañado a los doctores Roth y Schiller, secundados por el ayudante Pablo Gaggero. Resultado de estas últimas expediciones ha sido el riquísimo caudal de rocas, minerales y fósiles que, en número de más de 6000 ejemplares, se ha conseguido reunir, entre los cuales merecen especial mención los restos fósiles de dinosaurios que parecen ser las piezas más grandes que se han descubierto en el mundo. En suma, en el breve plazo de dos años y medio han sido enviadas más de diez expediciones a diversos puntos del territorio de la República; y el director prepara un extenso plan de investigaciones geológicas, paleontológicas, etc., en la provincia de Buenos Aires, para iniciar metódicamente el conocimiento de esos problemas, *documentando* prolijamente todo el material y las observaciones que se efectúen. Al mismo tiempo se continuarán sin descanso las exploraciones al norte de la Patagonia, que tan felices resultados están produciendo en materia de fósiles procedentes de formaciones cretáceas, para cuyo estudio se ha obtenido el concurso del profesor F. von Huene.

Esta radical transformación del Museo de La Plata ha llamado la atención de los poderes públicos, quienes ahora se interesan vivamente por el progreso de la institución. Y este interés no es meramente platónico, sino que se traduce en hechos positivos y de innegable eficacia. La legislatura de la provincia de Buenos Aires a propuesta del Poder ejecutivo ha votado la suma de 10.000 pesos moneda nacional para investigaciones en el territorio de la provincia de Buenos Aires. El Congreso nacional ha incluido en el presupuesto una fuerte suma para in-

vestigaciones en la Patagonia, aparte de las sumas ya votadas para continuar las ampliaciones en el edificio del Museo y de la ayuda que le puede ofrecer la Universidad.

En la última memoria que el doctor Torres ha elevado a la consideración del presidente de la Universidad, doctor Benito A. Nazar Anchorena, amplía sus puntos de vista y se propone impulsar, metódicamente, las nuevas investigaciones con un criterio que tratará de especializarse por ahora en el conocimiento de la geología y paleontología, flora y fauna del litoral argentino. En materia de estudios antropológicos, desea que el departamento a cargo del doctor Lehmann-Nitsche, recobre la mayor importancia entre los de su género, como fuera en épocas pasadas, y que los restantes confirmen también su alto prestigio.

La biblioteca está siendo objeto de una reorganización completa debido a las valiosas adquisiciones de libros y revistas, pues de esta última categoría el Museo posee, en el momento actual, 227 colecciones de mucha importancia, y aún será más completa cuando se traslade a su nuevo local.

La actividad impresa a la vida del Museo atrae ya la atención del gran público que ahora acude a visitar nuestras colecciones en número tan extraordinario que en un sólo día hemos podido contar más visitantes que antes en dos o tres meses. Justo es confesar que las altas autoridades universitarias manifiestan su complacencia por la nueva marcha del Museo, concediendo a este instituto todo el apoyo moral y la protección material que es compatible con las exigencias del presupuesto.

El doctor Torres desea ahora que el nuevo impulso impreso a la institución se regularice y que la triple tarea de las investigaciones en el terreno, como los estudios de laboratorio y la enseñanza, se relacionen y armonicen. Después de fomentar la incorporación de materiales directamente documentados a los diversos departamentos, ha seleccionado y adquirido el material bibliográfico para describirlos e interpretarlos, el *outillage* de los laboratorios de zoología, botánica, petrografía, mineralogía y antropología, con el complementario de fotografía. Puede decirse, que habían pasado muchos años sin adquirir, en conjunto, tantos elementos de trabajo como en esta época, lo que permitirá esperar que los nuevos tomos de la *Revista* y *Anales* lo reflejen con bien fundadas e interesantes contribuciones científicas. En los tomos XXV, XXVI y XXVII aparecen estudios de los doctores R. Lehmann-Nitsche, Santiago Roth, Carlos Bruch, Walter Schiller, Carlos Spegazzini, Augusto C. Scala, Miguel Fernández, Eduardo Carette, M. Kantor, José Imbelloni y Ana Manganaro.

El doctor Torres describe algunos yacimientos arqueológicos, en Rosario de la Frontera, en San Blas, y por último en San Carlos, al sur

de Mendoza, además de una noticia biográfica del doctor Francisco P. Moreno.

Y por si hiciera falta alguna prueba más para demostrar la absoluta identidad de pensamiento entre el fundador del Museo y su actual director, he aquí que en el vestíbulo de entrada del edificio se yergue el monumento a Moreno, erigido por iniciativa del doctor Torres, mediante subscripción entre las personas que han reconocido sus méritos. Y los que de hoy más contemplan el busto del insigne explorador, no podrán dudar que es ahora cuando Moreno ha tomado plena posesión de su obra, de la que nadie podrá despojarle otra vez, porque le ha consagrado ya el voto de sus conciudadanos y la ciencia le ha reconocido como uno de sus grandes bienhechores.

La Plata, 18 de agosto de 1923.

Versión Electrónica

Justina Ponte Gómez

División Zoología Vertebrados

FCNyM

UNLP

Jpg_47@yahoo.com.mx